



(Gabinete de trabajo en casa de Julián Borrell. La alfombra raída, las ventanas sin cortinas, los muebles maltrechados y el montón de libros y periódicos hacinados desordenadamente en un ángulo, como empujados hasta allí a puntapiés, dan a la estancia una fuerte expresión de abandono y pobreza. Es mediódia. Julián Borrell, cuarenta años. Verdadero retrato moral del escritor fracasado: vanidoso, envidioso, fiscal implacable de todo ajeno merecimiento. Vicente González, treinta y cinco años. Bajito, redondo, pulido en el ademán y en el vestir. Aire satisfecho. Tipo del comerciante acomodado que concurre a los estrenos y a las exposiciones, y colección de revistas ilustradas. González, sentado cerca de una ventana, lee distraídamente un periódico. Borrell va y vuelve por la habitación, el ceño preocupado, las manos a la espalda. Pausa larga).

G. (interrumpiendo su lectura). — ¡Y cuando en el entierro?

B. (sin mirarle). —Mafiana, a las tres.

G.—No faltaré. ¡Será necesario ir de levía!

B. (bruscamente). —No seas idiota. ¡Por qué ha de ser obligatoria la levita? Se trata de un literato, de un pobre hombre que vivía de la literatura... Yo, por mi parte, iría en mangas de camisa.

G. (escandalizado). —¡Julián...

B.—Créeme que el finado no merecía otros honores.

G.—No te comprendo; ¡hablas seriamente! ¡No crees que Rodríguez Fortún fué un gran novelista, un gran dramaturgo, un maestro, en fin?

B.—No. Rodríguez Fortún me pareció siempre —solemne mentecato, un espíritu vulgar, un glosador afortunado...

G.—Me das atenito: yo te he oido llamar a Rodríguez Fortún "maestro"...

B.—Verdad.

G.—Nunca le moriste, tú que hablas mal de todo el mundo.

B.—Es que no podía; los que conocen mi historia, me hubiesen llamado desagradecido.

G.—Perfectamente; la protección fervorosa que Rodríguez Fortún te dispensó durante muchos años, no es un secreto para nadie; su favor te abrió las puertas de los principales rotativos; gracias a él, también, estrenaste tu primera comedia.

B.—Eso cree el vulgo.

G.—Y lo cree porque tú lo has dicho, en más de una crónica. (*Tresca*).

B. (apresadumbrado). —Sí, yo mismo lo he dicho, porque me hallaba preso en las redes que fabricó mi astucia; declarar la verdad, hubiese equivalido a destruir mi propia obra, a cubrirmelo de fango, a mostrarme ante el público como un falsificador... y esa era imposible!... (*Unos mo-*

*mentos permanece grave, como quien bajar a negros pensamientos. De pronto su rostro se ilumina, sonríe y su voz adquiere, con la alegría, una inflexión más dulce. Es una aventurilla juvenil, una anécdota bohemia que, a pesar de todo... tiene gracia. Es la primera vez que mis labios se deciden a contarla; escucha...*

(Hay otro silencio. González está impaciente. Satisfecho de la curiosidad de su interlocutor, Julián Borrell prosigue).

... Hace veinte años yo era casi un muchacho; la ambición acababa de arrancarme de mi rincón provincial y estaba lleno de dinero, sediento de gloria... Necesitaba "llegar"... ¡Cómo!... de cualquier modo; mi osadía mocera no examinaba la moralidad de los caminos, ni retrocedía ante ningún obstáculo. Una mañana, sin otros fiadores que mi atrevimiento y desparpajo, me planté en el despacho de Rodríguez Fortún. "Maestro"—le dije—estoy recién llegado a Buenos Aires y no tengo recursos; soy escritor ó, cuando menos, aspiro a serlo. Deseo colaborar en algún periódico importante y el favor omnipotente de usted puede franquearme muchas puertas; ¿ouiere usted ayudarme?"

G. (interesado). —¡Y...?

B.—Rodríguez Fortún, rico, satisfecho de sus triunfos, adulado por la crítica, me recibió desabridamente; y de mala gana, me dió una carta, fría como su alma, para el director de cierta revista... Al salir a la calle, tentado estuve de romper aquella carta trivial que casi constituía una ofensa para mí. Pero de pronto recordé la asombrosa habilidad que siempre he tenido para imitar cualquier forma de letra, y este recuerdo me sugirió el propósito picaro de imitar la de Rodríguez Fortún para recomendarme a mí sabor. Con este pensamiento redacté una carta magnífica, insuperable en la que me llamaba "cronista exquisito" "maravilloso del estilo!"... y otras lindazas, y al pie de la cual escribí osadamente la firma del "maestro".

G. (riendo). —¡Admirable!...

B.—Aquella carta produjo en la redacción de la revista la impresión de una bomba; y fué tanto más eficaz cuanto que todos sabían que Rodríguez Fortún, endosado y retraido, no se interesaba por nadie. (Pausa). ¡Necesitaré decirte que ese pequeño pero ingenioso ardido lo empleé contra otros periódicos, y que nunca dejé de producirme el beneficio deseado!... Con los empresarios hice lo mismo, de suerte que puedo jurar que cuanto soy me lo debo a mí, a mi propio esfuerzo; y Rodríguez Fortún no le debo nada...

G.—Sin embargo...

B. (con imperio). —¡Nada le debo, resalto!... puesto que el favor que de él recibo no fué obra de su bondad, sino fruto de mi travesura y sutileza. (Irritado). ¡Lo que siento es no poder declararlo así!... Cuando oigo decir que Rodríguez Fortún me protegió... Si supieses qué lastro diría y de odio me da el corazón!...

(Se sienta delante de la mesa, desata un tintero y se dispone a escribir).

G.—Veo que quieres trabajar; me marcho. ¡Vas a "enterrar" al "maestro"!...

B.—Sí; nadie más obligado que yo a dedicarle un artícuulo necrológico.

G.—¡Hablarás mal de él!

B. (con rabia). —¡Cómo!... ¿quieres que haga? ¡No sabes que no puedo!... Habré sido: total, una vez más... la última.

G. (desde la puerta). —Mañana nos veremos en su entierro. Adiós...

B. (escribiendo). —En estos momentos un dolor infinito destroza mi pobre alma: mis ojos llenos están de lágrimas. Compañeros: que mi aflicción no os sorprenda; vosotros sabéis que no soy tan desagradable; y que todo lo que valgo, todo cuanto significo en el mundo de las letras, se lo debí al gran maestro que acaba de morir...

EDUARDO ZAMACOIS